

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La princesa fugitiva de la ciudad del sueño invernal

Érase una vez, a orillas de un río que fluía por una llanura rodeada de montañas hasta el mar, un pueblo de las personas más sabias del mundo. En lugar de pasar el invierno como los demás, acurrucados alrededor de humeantes hogueras, con las orejas y las narices heladas, amontonados en una maraña de ropa y malhumorados en el desayuno, estos sabios simplemente se retiraban a sus casas, cerraban las puertas, corrían las cortinas, se ponían los gorros de dormir, se metían en la cama y dormían todo el invierno. El viento del norte aullaba alrededor de sus casas y no despertaba a ningún ciudadano de sus sueños; la nieve yacía sin pisar en la vacía plaza del mercado y en las tranquilas calles. Pero cuando las hojas tenían el tamaño de la oreja de un ratón y los pájaros cantores habían regresado de su peregrinaje invernal, los somnolientos ciudadanos se despertaban, se frotaban los ojos, estiraban los brazos y acudían bostezando a abrir sus ventanas al sol y a la primavera.

El rey de esta notable ciudad tenía tres hijos, dos varones y una niña, la menor de las cuales se llamaba princesa Carlota, que era tan testaruda y vivaracha como un pájaro de montaña.

Un día, a finales de otoño, Carlota, que no tenía nada que hacer, decidió visitar la biblioteca real. El sol rojo de otoño brillaba a través de los grandes ventanales, un millón de partículas de polvo bailaban en el ancho haz de luz rojiza, y a Carlota, acurrucada en un enorme sillón de cuero rojo, le costaba mantenerse despierta. Pero entonces sus ojos se posaron en un gran libro verde titulado Tiempo de invierno. Lo tomó y lo puso sobre su regazo.

Para su decepción, el libro estaba escrito en otro idioma, pero las imágenes habrían quitado el sueño a cualquiera. Había imágenes de cumbres nevadas, de lagos transparentes y helados con gente patinando, de ataques a fuertes de nieve, de tormentas de nieve. Y aunque Carlota nunca había visto el invierno ni la nieve ni el hielo, y no entendía algunas de las imágenes, comprendía que era algo extraño, nuevo y maravilloso. Y entonces decidió escaparse durante el sueño invernal, para ver el mundo de invierno y volver antes de que la ciudad se despertara para la llegada de la primavera.

Los días se hicieron más cortos y las frías noches más largas, y pronto se acercó el gran día del sueño invernal. Un trompetista, ubicado en la torre de los sueños, llamó a la ciudad a la vida al amanecer de la última mañana; y pronto un murmullo de bullicio y preparativos surgió de todos los hogares de la ciudad.

Al atardecer, como siempre, se leía al pueblo la ley del sueño desde un balcón del palacio. Esta ley instaba a todos los ciudadanos a dormirse, y recitaba los terribles castigos que te podían caer si osabas permanecer

despierto. Cuando terminaba la reunión y las calles quedaban vacías, a excepción de uno o dos ciudadanos apresurados que habían hecho un recado de última hora, se cerraban las puertas y el agua del río se convertía en un foso alrededor de la ciudad.

Las campanas encantadas del sueño sonaban a medianoche.

Después de asistir a la ceremonia de buenas noches de la familia real, Carlota se apresuró a su propia habitación.

—No debo dormirme ahora —dijo—, porque si lo hago, ¡dormiré hasta la primavera!

Y con el corazón palpitando en la oscuridad, esperó hasta medianoche.

De repente sonó el primer timbre de aviso. ¡La gorra de dormir!

Y, tras una pausa, sonó el segundo timbre. Apaguen las luces. Carlota se sentó en una silla grande, se levantó, dio una vuelta, volvió a sentarse y se levantó de nuevo. ¿No sonaría nunca el tercer timbre?

"¡Todos a la cama!" retumbó el tercer timbre. Carlota se puso los dedos en los oídos.

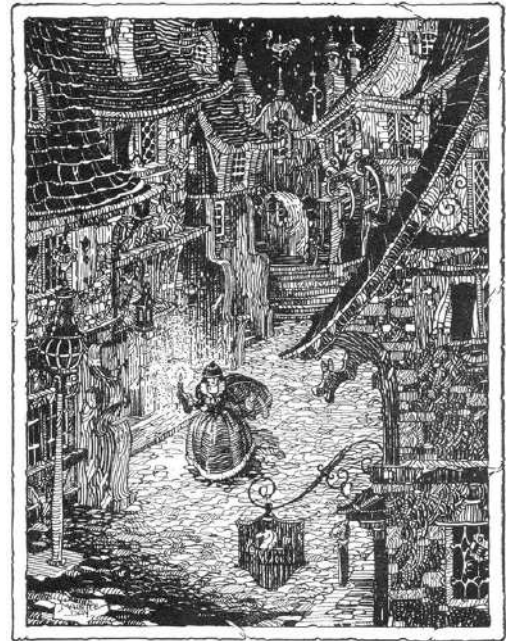
Cuando por fin dejaron de sonar las campanadas del reloj, Carlota se acercó a la ventana, corrió la cortina y contempló la ciudad dormida a la luz de las estrellas.

Qué extrañas e inmóviles eran aquellas calles oscuras. De pronto, la princesa lanzó un pequeño grito de asombro.

A lo lejos, al otro lado de la ciudad dormida, en una casita junto a la muralla, brillaba una luz amarilla. Y

ahora la luz se movía, iba de ventana en ventana, desaparecía, reaparecía y volvía a desaparecer. Alguien más seguía despierto en la ciudad. ¿Quién podía ser?

Asombrada, pero sin miedo, la princesa fue a su armario y se puso un vestido rojo de caza y una gorra. Luego se echó sobre los hombros su capa más abrigada, tomó una vela encendida y bajó la gran escalera hasta la puerta del palacio. Carlota abrió la puerta con cautela y salió a la oscura calle.



Todo parecía en orden; las puertas estaban cerradas y el puente levadizo estaba levantado sobre el foso. Carlota buscó algún ruido o pisada, pero sólo oyó el susurro del viento nocturno y las ondulaciones del agua en el foso. Tranquilizada por el silencio, la princesa bajó el puente levadizo, abrió la gran puerta con la propia llave de su padre y la cerró tras de sí. La princesa fugitiva se adentró valientemente en la tierra oscura y solitaria.

A la mañana siguiente, la princesa llegó a una ciudad rural al otro lado de la frontera del reino de su padre, y allí buscó una posada e hizo los preparativos para su viaje. Compró un pequeño caballo blanco y una cálida

capa de lana campesina. La aventurera Carlota galopó hacia el mundo invernal. Pronto sabrás lo que le ocurrió. ¡Qué hermoso viaje por el mundo del hielo y la nieve! Me gustaría tener tiempo para contarles todo lo que vio e hizo, cómo le gustó tanto la primera tormenta de nieve que casi se pierde en el torbellino de los copos, su primera visión de un trozo de hielo, su visita a la fiesta invernal del Hada de las Nieves, cómo bailó el minué en el baile de los osos polares y cómo cabalgó con Aldebarán, el caballo patinador, por los lagos helados del desierto. Este maravilloso animal era blanco como la nieve, y su silla y su brida eran de cuero azul con un borde blanco. Tendrían que haberlo visto patinar sobre los lagos, tirando de un casco y de otro, con la cabeza



erguida y la larga cola de seda ondeando al viento. Y Carlota pensaba, mientras cabalgaba, en el viejo libro de la biblioteca real y en la lejana Ciudad del Sueño Invernal.

Pero el invierno empezaba a llegar a su fin y Carlota sabía que debía regresar inmediatamente. Cuando se

acercaba a la frontera de la tierra de su padre, una banda de ladrones salió de repente de un bosque y la ató fuertemente, llevándola a toda prisa a su castillo con la intención de pedir rescate. Al llegar, empujaron a la princesa a una habitación de la torre y cerraron la pesada puerta de roble tras de sí.

Desde su ventana en la torre, Carlota podía ver el camino principal que conducía a través de las tierras bajas boscosas hasta el castillo, y la corriente de un río, de hecho, el río que fluía a lo largo de las murallas de la Ciudad del Sueño Invernal. Con cada hora cálida y soleada, la primavera disipaba el viejo invierno de la tierra, los capullos se abrían, las ranas salían en pequeños triunfos de todos los pantanos y había deliciosos aromas en el aire.

—Se acerca el despertar de la primavera —pensó Carlota—. ¿Qué haré?

Pero un día, la desolada princesa oyó una voz que cantaba una canción de su propia tierra en el camino de abajo. Era una canción sobre un soldado que había luchado en guerras y regresaba en primavera para arar la tierra que había amado y defendido. Al oír la canción, Carlota lanzó un grito de alegría y corrió hacia la ventana. Un niño estaba en la calle principal, justo debajo de la ventana; había oído el grito y miraba hacia ella.

—Dime quién eres —gritó Carlota.

A lo que el chico respondió que sólo era un estudiante que había huido de la ciudad del sueño invernal. Y Carlota recordó la luz que había visto en la vieja casa junto a la muralla de la ciudad.

Carlota le contó sus aventuras y le rogó que la ayudara. Como era un chico listo y valiente, aquella misma noche consiguió alejar a los ladrones del castillo y lanzó una cuerda enrollada a la princesa. Y así bajó la aventurera Carlota.

Juntos corrieron hasta el río, donde los esperaba una barca. Pero en la barca sólo cabía un pasajero.

—Sube —dijo el muchacho—, y pronto llegarás a la ciudad.

—¿Y qué hay de ti? —dijo Carlota—. Llegarás demasiado tarde, y se sabrá que has estado afuera.

—No temas, Princesa —respondió el estudiante con una sonrisa—. Aún hay tiempo y me daré prisa. Para ser honesto, nunca me he sentido a gusto en la ciudad. De prisa, porque los ladrones volverán pronto.

Justo cuando amanecía rosa y gris sobre el este, la princesa divisó la ciudad de su padre. El puente levadizo seguía levantado sobre el foso, la ciudad seguía sellada en su sueño invernal.

Carlota corrió al palacio y se dirigió a su habitación. Se puso rápidamente el pijama y se metió en la cama.

Estaba tan agotada que apenas había tocado la almohada y ya estaba profundamente dormida.

Cuando volvió a abrir los ojos, habían pasado un día y una noche enteros, la ciudad se había despertado de su sueño invernal y su madre estaba inclinada sobre ella con una sonrisa divertida. Las campanas plateadas del despertar de la primavera sonaban con fuerza y claridad sobre la ciudad.

—¡Dios mío, Carlota! —dijo su madre—. ¡Pero si eres una dormilona! Llevo diez minutos sacudiéndote. Levántate y ponte tu vestido rosa para el gran desayuno de primavera.

Poco después, Carlota, algo desconcertada, se sentó a desayunar con su padre, su madre y sus hermanos. Y allí

la princesa les contó toda la historia de sus aventuras como fugitiva. Para su sorpresa, ¡no la creyeron!

—Has soñado, Carlota —dijo su padre, negando con la cabeza.

Pasaron las semanas y Carlota no encontraba a nadie que creyera su historia. Cansada de insistir y conmovida por la incredulidad de los que la rodeaban, la princesa empezó a preguntarse en su fuero interno si todo había sido un sueño. Ya no quedaba nada de su aventura, ¡y parecía un sueño!

Los padres de Carlota empezaron a preocuparse. Tenía la cabeza gacha, los ojos llenos de dudas y recuerdos, soñaba despierta todo el día y estaba muy pálida. Los sabios del rey aconsejaron enviarla a una larga visita a su tía, la reina de la Montaña Dorada. La mañana de su partida, Carlota se dirigió al gran salón de estado para despedirse.

“Un sueño, ¿era sólo un sueño?”, pensó Carlota. Y volvió a ver el mundo invernal, y el baile del oso polar, con las velas encendidas en candelabros hechos de carambaños, y el caballo que patinaba, y el niño que la había salvado de los ladrones. ¿Acaso era sólo un sueño?

De repente, todos los presentes oyeron una voz que cantaba. Y la voz cantaba la canción de un soldado que había luchado en guerras y regresaba en primavera para arar la amada tierra que había defendido. Se hizo el silencio.

—¡Rápido! —gritó Carlota, pálida como la nieve—.

¡Tráiganme al cantante!

Un grupo de guardias atravesó la puerta para cumplir su orden. Volvieron un momento después con el estudiante que había salvado a Carlota de los ladrones. Estaba muy pálido, tenía esposas en las muñecas y dos robustos guardias estaban a su lado. Y al mirar a Carlota, el muchacho contuvo la respiración sobresaltado y se encontró con su mirada con ojos extraños.

—¡Habla! ¿Qué significa esto? ¿Quién es este muchacho?

—gritó el rey levantándose de su trono.

—Este muchacho es un estudiante de la Universidad de los Sueños que no obedeció la ley del sueño y huyó de la ciudad. Fue capturado cuando intentaba regresar tras despertar en primavera, llevado ante el Tribunal de los Sueños y condenado a pagar una multa. Lo llevábamos al calabozo bajo el río cuando la guardia real nos rodeó y nos trajo aquí. ¿Qué quiere, rey?

—Mi voluntad es que se acate la sentencia —respondió el rey—. ¡Llévenlo al calabozo!

—¡No, padre! —gritó Carlota—. Si él es culpable, yo también lo soy. Yo también desobedecí la ley; yo también hui. Este es el valiente muchacho que me salvó de los ladrones. Oh, ¿me crees ahora? No fue un sueño, ¡nunca lo ha sido!

De repente, oyó una fanfarria de trompetas.

—¡Una visita real! —exclamó el rey—. ¿Qué puede significar esto?

Las grandes puertas de la sala se abrieron y entró otro rey.

—Rey de la ciudad del Sueño Invernal —gritó el recién llegado—, escúcheme, pues vengo de lejos y con mucha

prisa. Soy el rey del Norte y busco a mi único hijo, el príncipe Florimond, que fue robado de su cuna hace veinte años. El Hada de las Islas me ha revelado que lo encontraré aquí. Vive en una casa junto a la muralla de la ciudad y estudia en la Universidad de los Sueños.

—¿Florimond? —exclamó el director de la universidad, dando un paso adelante—. Sólo hay un Florimond en la ciudad, ¡y es este joven!

Y todo el mundo vio inmediatamente que el rey y el estudiante fugitivo eran efectivamente padre e hijo. Inmediatamente se concedió clemencia al joven fugitivo. Cuando esto ocurrió, el rey proclamó un festival de tres días.

La última noche del festival, Florimond y Carlota caminaron solos hasta un gran balcón y contemplaron la ciudad, el río y la llanura rodeada de montañas. Era pleno verano, la cálida noche estaba perfumada con el aroma de muchas flores, y la música de laúdes y violas sonaba tenuemente a través del agradable aire.

—No fue una locura de mi parte huir —dijo el príncipe riendo—, ¡ya que nunca nací como durmiente de invierno!

—Invierno... ah, ¡que divertido era todo! —respondió Carlota—. Me pregunto si volveré a verlo.

—Lo verás todos los años si aceptas ser la Princesa del Norte —respondió Florimond con una sonrisa. Y en ese momento, los dos fugitivos juraron lealtad. Cuando terminó la boda, Florimond regresó a su tierra y se llevó a Carlota con él, ¡y vivieron felices para siempre!